

simo interés. Efectivamente, queda uno totalmente asombrado, hablando con médicos, al ver hasta que punto están acordes las observaciones de los sabios con las averiguaciones de los sociólogos.

En épocas de disolución como la que nosotros atravesamos, no son solamente las costumbres las maneras de considerar la vida que se transforman, sino las mismas enfermedades que cambian de carácter.

El reumatismo, por ejemplo, ha reemplazado á la gota que de cada vez más tiende á apoderarse de Inglaterra; la diabetes, casi desconocida antiguamente, aumenta cada año y se traduce por fenómenos nerviosos que no presentaba en otros tiempos. No obstante, la lepra judía es lo que se ha modificado más completamente. Al lado, y á menudo en lugar de manifestaciones dermatológicas, teneis ahora manifestaciones nerviosas. En muchos Semitas, puede afirmarse que la lepra se les ha subido al cerebro. Antes contentábanse con rascar, ahora sienten la necesidad de agitarse...

Esas gentes, presa siempre de una inquietud que nada calma, acaban por arrastrar á los demás en su zarabanda, por comunicar á los más pacíficos su movimiento desordenado. Quieras que no, es preciso que Europa les siga.

La guerra debe liquidarlo todo, decidir cuál es el pueblo más enfermo, designar al que se comerá al otro, como en las edades primitivas, en el bosque salvaje, donde los más fuertes exterminaban á los débiles.

En presencia del retórico republicano dispuesto á elogiar los beneficios de la civilización y celebrar el 89 que inauguró una era de fraternidad y de paz, se levanta el Hecho y abofetea brutalmente al orador.

Antes del 89, el ejército tomaba 10,000 hombres al año

en Francia. Solo eran soldados los que querian serlo, que deseaban la guerra y los pequeños ejércitos, buenos para conquistar laureles, se entregaban á escaramuzas que jamás ponian en tela de juicio ni siquiera la existencia de una nación.

Ahora el efectivo total en tiempo de paz para Europa es de 3.092,000 hombres, el efectivo de guerra de 16 millones de hombres y los presupuestos militares reunidos de tres mil quinientos millones.

Con las leyes modernas el pié de guerra será de 19 millones de hombres.

El bofetón del Hecho no turba al retórico. En efecto, el republicano no es un hombre que piense, que raciocine, que busque y proclame la verdad, es un instrumento, un órgano de barbarie que toca piezas de civilización...

Se da un puntapié al instrumento y pára un poco, como después de las matanzas de 1870, paga después el judío la recomposición del manubrio ligeramente deteriorado, y el órgano comienza otra vez á dejar oír sus piezas: 1789, el Progreso, el amor sucediendo á los odios de naciones...

A veces el judío asocia sus versos á esa música y grita, como Fernando Goldschmidt, autor de *Ficción y realidad* (poesías), que, según los *Archivos israelitas*, es de origen vienés:

Gloire á Quatre-vingt-neuf, l'ère de délivrance,
Souffle purifiant de bénédiction

Es chusco por demás que sean judíos de Austria quienes glorifiquen en Francia la Revolución del 89, cuando, entre nosotros, todos los seres libres, pertenezcan á la flor y nata intelectual ó al proletariado, están unánimes en maldecir á

esta Revolucion defectuosa y declarar que no nos trajo más que el pauperismo, la deshonra y la ruina.

A nosotros, que no pertenecemos á la corporacion de los organistas de barbarie nos toca interrogar al horizonte, y mostrar lo qué será la próxima guerra, la guerra inevitable.

Cuando haya sonado la hora fatídica de la gran matanza, se verán estas cosas:

¡Moviliza! ¡Moviliza!—el flúido eléctrico lanzado á los innumerables hilos ha llevado, hasta los más apartados rincones de la Galia y de la Germania, la órden terrible que es un decreto de muerte para millares de seres humanos. ¡A las armas! ¡á las armas! han contestado millones de pechos galos y germanos.

A las pocas horas, los ginetes prevenidos están á caballo, y se lanzan á las fronteras.—¡Acuchilla! ¡acuchilla al galope! Cargad unos contra otros, últimos soldados de los combates épicos de otros tiempos!

¡Cargad y acuchilla á prisa!... vuestra hora será corta... porque, detrás de vosotros, llegan y se alinean los fusiles y los cañones modernos... y va á comenzar la gran Batalla Nueva.....

Han bastado unos cuantos dias.—Las máquinas rápidas aparejadas para los largos trenes de guerra han amontonado, en ambos lados de la frontera, los formidables batallones y los temibles cañones negros.

Los Regimientos, las Brigadas, las Divisiones, los cuerpos de ejército, las Escuadras, poco há fragmentos esparcidos, se han reunido.

Los hombres se encorvan bajo el peso de los cartuchos metálicos; los arcones están llenos de proyectiles; los carro-

matos rebosan de útiles, zapatos y víveres. Las ambulancias esperan bajo la cruz de sangre de las banderolas.

Los resuellos de los hombres y de los caballos asemejan el rumor de las olas lejanas. Los vapores salidos de esos hombres amontonados y de los brutos llenos de sudor suben y velan el cielo azul.

Unos pocos kilómetros separan á los Galos de los Germanos.

Esta mañana, es dia de batalla.....

Y de pronto, un gran silencio: silencio hijo del recogimiento de las almas que van muy pronto á dejar los cuerpos; silencio hijo de los espantos mudos, ante el pensamiento de la enorme hecatombe; silencio hijo de las plegarias mentales y secretas de los esposos, de los padres y de los hijos.

Resuena repentinamente; y lejano lúgubre, el primer cañonazo, y dos millones de soldados responden con gritos salvajes al silbido del primer proyectil.

¡Adelante! ¡adelante!

Las músicas guerreras entonan las marsellesas nacionales; las banderas, los estandartes, las banderolas se estremecen; los corazones laten, los caballos relinchan; las órdenes se cruzan y se multiplican; el cielo tiembla. ¡Las líneas inmensas y profundas avanzan unas contra otras... hombres y bestias... carnes de cañon!

Las baterías se despliegan y toman posicion.

Las infanterías marchan. Cárganse las piezas, cárganse las armas, llénanse los almacenes de fusiles.

¡Seis mil metros separan las bocas de los cañones de acero! ¡dos mil metros separan las puntas de las bayonetas... y ya comienza la batalla.

Abrese terrible fuego; cañon contra cañon, batería contra batería, grupo de baterías contra grupo de baterías.

A seis mil metros! ¡Pieza, fuego!

Las granadas surcan el suelo y revientan; pero, muy pronto, cada pieza ha rectificado su tiro y hallado su distancia y la lucha se hace intensa. En adelante, cada proyectil lanzado reventará en el aire, encima de las cabezas y sembrará doscientos cincuenta proyectiles sobre superficies cubiertas de hombres.

Hombres y caballos quedan aplastados debajo de esta lluvia de hierro y plomo. La superioridad quedará para el artillero más hábil y más rápido.

Los cañones se matan entre sí, las baterías se aplastan entre sí, los arcones se vacían.—La ventaja será también para aquel cuyo fuego no pare.

Y debajo de estos huracanes, de estas tempestades, los batallones van á embestirse.

¡Dos mil metros! pero ya las balas de pequeño calibre, finas, imperceptibles, plateadas, puntiagudas, silban y matan, hieren y traspasan, rebotan y destrozan; las descargas se suceden y sábanas de balas, densas como el pedrisco, rápidas como el rayo, inundan el campo de batalla.

Los cañones que han matado á los cañones de enfrente, libres entonces, atacan á los batallones.

Lanzan sobre los grupos la brutal lluvia de hierro y los cadáveres cubren la tierra ensangrentada.

Las líneas atacan á las líneas, los batallones empujan á los batallones, llegan las reservas, y, no obstante, entre los dos ejércitos que las balas y las granadas destruyen, se extiende todavía una larga faja, de mil pasos de anchura, que ningún vivo puede traspasar...

Las municiones se acaban... los millones de cartuchos y los miles de granadas cubren la tierra asolada con sus estuches de cobre, con sus palastros destrozados, con sus cas-

cos cortantes... y el fuego continua siempre... siempre... mientras los arcones vacíos son reemplazados por otros.

Las bombas de melinita pulverizan las granjas, las aldeas, los pueblos; arruinan y aniquilan todo lo que es un abrigo, un refugio ó un obstáculo.

La mitad de los combatientes agoniza ya y muere; los heridos y los muertos forman como dos baluartes paralelos, espesos, distantes mil pasos, que los proyectiles remueven, que la metralla desmenuza... y que los vivos no pueden traspasar.

La batalla continua, encarnizada. Mil pasos separan siempre á los dos ejércitos.

¿De quién será la victoria? De nadie...

Y las descargas aumentan, y los cañones vomitan; las unidades voltean en aquel infierno y se desalientan debajo de aquella tromba.

¡Soldados y jefes confundidos!

¡Caballos y cañones confundidos!

¡Banderas y estandartes confundidos!

¡Vivos, heridos y muertos confundidos!

¿De quién será la Victoria? ¡De nadie!...

Sin embargo, la inteligencia de un jefe, en medio de aquella grande carnicería, ha visto que los hombres y las municiones faltaban en un punto de la línea enemiga... en el centro... á la derecha... á izquierda... en alguna parte.

Aquel jefe ha reunido, rápidamente, delante de aquel punto débil, cañones cargados, batallones frescos, arcones llenos y ha lanzado este torrente al través de los dos diques infranqueables de la zona de los muertos.

Ha abierto una brecha en el enemigo, ha entrado en ella, herida la cabeza, mientras que sus escuadrones rápidos han barrido los flancos de la columna de ataque.

Aquella columna infernal penetra como un cuño, en el

corazon del ejército enemigo; los vivos recobran valor é intentan un último esfuerzo.

Los cañones truenan y la columna adelanta siempre... perdiendo la mitad de sus hombres... pero avanzando.—A su vez, se despliega y abre un fuego terrible con todos sus fusiles y todos sus cañones.

Las líneas enemigas se rompen y los destrozos de los unos ceden el terreno á los destrozos de los otros.

¿De quién es la Victoria?

El día declina, llega la noche, las sombras ocultan el horrible osario. Los vivos, rendidos de fatiga, no tienen ya uerza para perseguir ó huir.

¡Mañana! ¡mañana todavía! mientras haya hombres, caballos, cañones, fusiles, cartuchos y granadas.

Esta noche, contad vuestros muertos y vuestros vivos.

¿De quién es la Victoria?

¿De quién? de Dios, quizás... quien ha resuelto hacer morir, bajo el *Diluvio* de hierro, á todos los hijos que han olvidado las palabras de Cristo: «Amáos los unos á los otros.»

Paréceme que hay un motivo de esperanza para los que hayan leído, con espíritu de pensador y alma de francés, esta página escrita después de una conversacion con oficiales patriotas, bajo la inspiracion, en cierto modo, de hombres de corazon ardiente, de inteligencia despejada, quienes meditan continuamente en lo que será la próxima guerra en la formidable incógnita que encierra la primera batalla.

Sí, habrá un momento en la jornada en que un jefe, sobre todo si es jóven, verá ó creerá ver,—lo que sucede á menudo hasta en la guerra,—un punto débil en el enemigo; habrá un hombre que hará algo de por sí y que transfor-

mará de repente un combate que parece del todo científico é industrial, introduciendo en él el elemento humano, la iniciativa individual.

Esto debe infundirnos esperanza, mostrándonos que, á despecho de los medios gigantescos de que dispone Alemania, podríamos perfectamente presentarnos en el primer campo de batalla en condiciones de igualdad absoluta.

La verdad es que la guerra, en la que nada parece ahora dejado á la casualidad, es más que nunca un enigma.

Recuerdo á propósito de esto una conversacion con el general Schmitz.

El general Schmitz es uno de los comensales de los Spartiats, donde nos reunimos cada quince días entre amigos para conversar familiar y cordialmente. ¡Cuántas cosas interesantes nos ha dicho allí nuestro pobre y querido Raoul Duval! Séanme testigos de esto cuantos frecuentaban continuamente aquella reunion: Goncourt, Uzanne, Jollivet, Boissogobey, Ziem, Dupray.

Otra vez empero os hablaré más á fondo de Raoul Duval, por ahora me concreto al testimonio del general Schmitz. Impedido por sus ocupaciones, dejábase ver raras veces en los Spartiats, y confieso que me quedé algo sorprendido la primera vez que le ví en nuestras comidas. «¡Qué pícara de idea se le ha ocurrido á este guerrero, dije á mi vecino, venirse aquí entre literatos, pues nada ingenioso nos dirá, y se nos beberá toda la chartreuse!»

La conversacion recayó al fin acerca de las cuestiones militares, y ese hombre, en apariencia algo rudo, nos abrió perspectivas curiosas y mezcló á ideas muy elevadas recuerdos que tenían el acento vivo de las cosas vistas. Nos mostró cuán necesariamente era falso lo que se decia acerca de esta materia, ya que, regularmente, los que hablaban de la

guerra no la conocian, mientras que los que la conocian bien no hablaban de ella.

Insistió sobre todo en lo imprevisto que contiene un combate, en la ignorancia en que estaban los mismos que en él habian tomado parte, de cuanto habia pasado en dicho combate. Es indudable que Stendhal ha indicado esto por Waterloo, visto desde un pequeño rincón del campo de batalla, pero el general Schmitz nos lo afirmaba por los que estaban reputados como directores de la accion, y nos citaba el ejemplo de la batalla de Inkermann, á la que asistia como jefe de estado mayor de Canrobert. Por la mañana nadie sospechaba que hubiese batalla y por la tarde, el general Canrobert, que habia estado todo el dia en medio del fuego y cuyo uniforme estaba acribillado de balas, decia al coronel Schmitz: «Pues bien, ahora va á ser preciso escribir un parte acerca de este pequeño combate.»

El pequeño combate era una gran batalla y los muertos estaban de tal manera amontonados unos sobre otros en un espacio reducido, que ni siquiera nadie tenia la menor idea de la cifra de las pérdidas.

La conclusion del general Schmitz, muy consoladora en resúmen, seria tranquilizadora para nosotros, siuviésemos en tiempo de guerra un comité de Salvacion pública verdadero, si los ponentes de la Comision del presupuesto no fueran industriales que venden los secretos de nuestras granadas á Inglaterra, si los judíos, como Levaillant (Isaías ó Rech) no dieran puestos de confianza en la frontera á desertores, si, en una palabra, no fuéramos entregados al enemigo por los Franc-Masones que ocupan todas las situaciones importantes.

En la mayor parte de los casos el éxito de una batalla de-

pende de una mera casualidad y nadie está en disposicion de dirigir un ejército que exceda de 100,000 hombres.

Por otra parte, Tolstoi ha aclarado admirablemente este punto.

Cada batalla, dice, la de Torontino, de Borodino, de Austerlitz, cada batalla se realiza siempre de muy distinta manera de la supuesta por sus instigadores. Es una condicion esencial del arte de la guerra.

Innumerables *fuerzas libres*, — por que en ninguna parte es más libre el hombre que durante la batalla, donde se trata para cada uno de la vida ó de la muerte — innumerables *fuerzas libres* influyen en la direccion de la batalla que no puede ser prevista y que no coincide jamás con la direccion de una sola fuerza.

Cuando varias fuerzas diversas obran al mismo tiempo sobre el mismo cuerpo, la direccion hacia la cual será impelido este cuerpo no será jamás la de una de estas fuerzas, sino que sigue la direccion del medio más corto, lo que se formula en la mecánica por la diagonal del paralelógramo de las fuerzas.

Todos los que en nuestra época saben abstraerse todavía del movimiento de trepidacion que arrastra nuestros contemporáneos á una especie de danza de crisiacos, meditarán con provecho estas sencillas reflexiones.

Napoleon, que era quizás el más maravilloso cerebro que haya habitado en cabeza humana, pudo dirigir sus primeras batallas, cuando conocia la composicion de los regimientos, el temperamento, las cualidades especiales de cada general. Desde 1808 ó 1809 estuvo á la merced de todos los azares. ¿Quién no sabe que en la batalla de Eylau ni uno solo de los oficiales de ordenanza enviados por el Emperador para llevar sus órdenes llegó á su destino?

Es vana pretension que los telégrafos militares permitan á generales en jefe darse cuenta instantáneamente de las

operaciones que se llevan á cabo en una extension de varias leguas. Además de que las probabilidades están igualadas, porque todos tienen semejantes aparatos, la situacion es siempre la misma, porque todos los perfeccionamientos modernos no pueden cambiar nada á la capacidad de un cerebro humano.

Suponed un general, no muy viejo, que tiene la confianza de los soldados y dominado por la idea fija de pasar, vá por la derecha cuando se creia que iria por la izquierda, y desbarata las combinaciones; los enemigos creen que él tiene una razon para hacerlo y que aquel movimiento corresponde á un plan cualquiera; se perturban..... El general sale vencedor y será proclamado *imperator*. El mariscal Mac-Mahon no es por cierto un prodigio de inteligencia, ha hecho algo parecido á esto en Magenta, y, si hubiese muerto antes de 1870, habria dejado la reputacion de estratégico incomparable.

Si el juego de las *fuerzas libres* de que habla Tolstoi restablece la igualdad entre los combatientes que pueden obedecer á su inspiracion del momento, la situacion cambia cuando se trata de la organizacion, de la preparacion de la guerra, del cuidado de poner fuerzas en presencia de otras fuerzas.

Los Franc-Masones y los Semitas tienen perfecta idea de esta evidencia; por esto se esfuerzan por entrapar en todas las administraciones á cuantos respiran aun algun amor á la familia francesa de otros tiempos para reemplazarlos por judíos alemanes recién naturalizados (1).

(1) Va sin decir que un libro como este se ha hecho á medias contando con lectores que comprenden con media palabra; es un estudio en común. Cada uno, en el círculo especial donde se mueve, comprueba la exac-

Esos tales, segun lo ha hecho observar Santiago de Biez, no son ya «Franceses de lo mejor,» como Heine, ó siquiera «naturalizados vencidos,» como Wolff, son dos veces franceses. Con estas memorables palabras el alcalde del IX distrito, Emilio Ferry, muy digno de llevar semejante nombre, saludaba á la hija del gran rabino Zadoc Kahn el dia de su matrimonio civil en la alcaldia de la calle Drouot.

titud de lo que yo sostengo y averigua cuanta razon tengo. Obligado á contar con una magistratura masónica y judía, me apoyo siempre, todo lo posible, en *hechos diversos* que han figurado en doscientos ó trescientos periódicos.

Entre los *hechos diversos* muchos son instructivos como la historia de Bloch y del ministerio de Marina. Flourens y Poubelle declararon que, hasta despues de un concurso, un Cristiano, que no renegara su fe, no podia ser admitido en una administracion del Estado; Bloch queda admitido sin reparo. Luego de admitido, hace presentar una primera orden falsa de 450 francos; el titular verdadero llega poco despues y contentanse con decir al falsario: «Habeis querido chancear.» Nuestro Bloch presenta una segunda orden falsa de 800 francos que no se paga porque el titular se habia presentado él mismo á cobrar su pension tres dias antes. «¡Siempre bromista!» se le dice á Bloch. Bloch, sin cansarse, fabrica una tercera falsedad, pero esta vez de 2,000 francos. El empleado se contenta con poner el título falso en su cajon y dice á Bloch: «Si fuérais á hacer un pequeño viaje á Berlin?»

Bloch consiente, y parte tranquilamente para Berlin, «con una jóven y hermosa muchacha que habia tomado por querida» sin olvidar de seguro llevarse á Alemania todos los datos que ha podido procurarse en el ministerio acerca del estado de nuestra marina.

Imagináis el ruido que meteria la *Lanterne*, si un Hermano de las Escuelas cristianas hubiese fabricado una orden falsa de veinticinco céntimos, y si se le habria tratado con esa indulgencia.

Es verdad que el *Intransigent* nos hace saber que Bloch pertenece «á una de las principales familias israelitas de París.» Es absolutamente como Allmayer. Todos los ladrones famosos pertenecen «á las familias israelitas más honorables de París.» Pregúntase uno qué deben producir las familias que no son honorables. Los judíos no se inquietan por tan poca cosa: los Bloch harán como los Allmayer, y pedirán autorizacion para cambiar el nombre. Espero que tomarán el nombre de Montmorency, á ejemplo de los judíos de Hungría á quienes un decreto de M. Tisza ha permitido apoderarse de los más ilustres nombres de la nobleza magdiar.

En todo caso tenemos aquí mucha luz para ver el orden que reina en la contabilidad del ministerio de Marina. En todas partes sucede lo mismo.

Nosotros, empero, cuyos padres habitaban el suelo de Francia desde siglos, no somos, parece, «franceses más que una vez,» y esto es ya demasiado para los invasores. Donde quiera que se señale, en algún puesto donde se pueda ser útil á la Patria, un francés de origen, un cristiano que, aun sin serlo práctico, continua fiel á la religion de sus antecesores, el diputado republicano, agente de la Franc-Masonería judía, interviene, denuncia, amenaza, hasta que haya llegado á sustituir al francés natural un judío originario de Hamburgo, de Colonia ó de Stuttgart.

Los obreros, como los militares con quienes he hablado, ven claramente que el peligro está en esto; comprenden admirablemente que no será de temer el enemigo que se tendrá delante, sino el enemigo que se dejará atrás, en París: los *Naturalizados* dueños de nuestros secretos y los representantes de la Alta Banca cosmopolita acechando de antemano nuestra derrota para traficar con nuestro rescate (1).

(1) El pueblo, aunque engañado por los periódicos, tiene á veces cierto confuso instinto de los peligros que nos amenazan y de los medios que debieran emplearse para la salvacion de la Patria. En 1792, se dió cuenta de la importancia que tenia para él asegurarse del llamado M. Veto y tenia razon en su punto de vista, en el punto de vista de la Revolucion; muchos obreros inteligentes comprenden muy bien que si se deja escapar al señor Millon, la Francia está perdida.

Los considerandos de la resolucion propuesta por Chirac y votada por aclamacion en una reunion pública, son un documento instructivo para la ciencia social:

«Atendiendo que está demostrado por toda la historia de este siglo que la guerra es la obra premeditada del dinero internacional que, por hecatombes periódicas, aplica la fórmula de Malthus:

Que, la omnipotencia del dinero internacional ha continuado en afirmarse amenazando á los pueblos; que, aun actualmente, y desde algun tiempo sobretodo, las excitaciones más graves son provocadas y expresadas por la *Bolsa*;

Atendiendo que el dinero internacional organiza todos los empréstitos

¿Qué saldrá de ese mundo agitado entre todas las Potestades caóticas? ¿de ésta sociedad entregada á todas las Anarquías? Hasta aquí no se distingue más que el judío, sólo en pié, vencedor, irónico, y siempre tan lamentablemente tétrico. La Francia es su dominio, el Austria es suya y ha creído apoderarse de Alemania con Federico III á quien la multitud llamada ya Cohen I. Por dicha de sus pueblos y desgracia nuestra ¡ay! el jóven Emperador parece tener el alma de un verdadero soberano y no querer abdicar en manos de los Rothschild como el Emperador Francisco José y el archiduque Rodolfo. Pero los enemigos de Israel y de

de guerra, y descuenta á los soberanos todos los recursos que los constituyentes no darian jamás, sabiendo que se trata de su propio exterminio:

«Que detiene todos los medios de informacion por el telégrafo y por los periódicos, merced á las concentraciones metálicas que aumenta continuamente por las operaciones de crédito y de agiotage; que puede de este modo pagar todos los concursos, comprar todas las conciencias, y amenazar el reposo público, como lo hizo en 1866, época en que engañó á Francia acerca de las consecuencias temibles de la campaña de Sadowa;

«Atendiendo que todos los pueblos de Europa tienen el mismo interés de vivir y trabajar en paz, que, por consiguiente, deben tender á paralizar por todos los medios, los fautores de matanzas;

«Por estos motivos;

«La asamblea toma las decisiones siguientes, para que se realicen por via de demanda ó de otra manera;

1.° Los Rothschild, Erlanger, Hirsch, Ephrussi, Bamberger, Camondo, Stern, Cahen de Amheres, Lebaudy, Soubeyran, Oppenheim, Gunzbourg;

«*Miembros del dinero internacional* y detentores en junto de más de seis mil millones de francos, quedan, desde ahora, bajo la vigilancia de la nacion;

«2.° A la primera declaracion de guerra, la nacion se asegurará de su persona;

«3.° Disparado el primer tiro sus casas serán arrasadas y sus bienes secuestrados;

«4.° Inmediatamente se formará un tribunal popular que oirá sus explicaciones y aplicará más amplia justicia;

«5.° Los padres de familia de todos los paises, los socialistas de todos los Estados son invitados á votar una decision semejante, designando ellos mismos los miembros del dinero internacional que residen cerca de sus gobiernos respectivos.»

la Masonería no suelen envejecer, y muy pronto quizás, la Alemania que se defiende algo todavía del judío, merced á su organizacion militar y al reclutamiento severo de su cuerpo de oficiales, será absorbida á su vez.

Las predicciones del *Jeiteles teutónico* (1) se encontrarán realizadas y asistirémos al espectáculo que nos muestra al artista visionario encargado de ilustrar el profético opúsculo.

El primer dibujo representa el monumento de Arminio en el bosque de Teutoburgo. El judío ha derribado á Arminio y se ha puesto en el lugar del héroe tendido ahora en el polvo con un trozo de espada rota en la mano. La obra nestá del judío está acabada, todo está devastado, todo está conquistado y la Alemania ha pasado á ser una tierra de desolacion.

Llega entonces el Oso del Norte que comienza á trepar á su vez el monumento para desalojar de él al judío. Este triunfante, segun se os muestra en el segundo dibujo, es presa de vivo temor al ver adelantarse el Oso que lleva rodeados sus costados robustos con el knout destinado al castigo; comprende que está en caso muy apurado; el viento de tempestad que sopla á su rededor, le ha quitado el capote alado que tan arrogantemente sostenia ántes; con ademán muy lastimoso se esfuerza por hacerse un arma de ese paraguas glorioso que, poco há, blandía con aire de triunfo. El hijo de Israel no se desanima no obstante y propone al Oso ruso tratar y repartirse el imperio del mundo. El Oso rehusa y devora al judío.

(1) *Jeiteles* es el apodo popular del judío vienés, como *Schmul* es el apodo del judío alsaciano. El verdadero título del opúsculo sería: *Et You-tre pangermanista* (Canto de los bardos de la Alemania judaizada) por Triboulet II.

Este es el sentido de la hermosa alegoría que nos hace esperar que un pueblo nuevo y joven, con conciencia del destino que debe cumplir, vengará al fin la raza aria desde tanto tiempo explotada y pisoteada por el Semita...

